

EUROCENTRISMO: UNA DOMINACIÓN ECONÓMICA Y EPISTEMOLÓGICA

MARÍA FERNANDA MÉNDEZ RAMÍREZ *

Resumen

El presente texto plantea una discusión que aborda la estratificación global desde una perspectiva epistemológica. Se presentan argumentos de por qué lo que comenzó como una dominación en la producción del conocimiento condujo eventualmente a una jerarquía global etno-racial; y que, en la actualidad, esta jerarquía es la causa de los principales problemas de desigualdad social y económica que enfrentamos como sociedad.

Palabras clave: *Eurocentrismo, estratificación global, desigualdad, pensamiento descolonial.*

Abstract

This paper discusses the global stratification from an epistemological perspective. Several arguments will be presented about how a domination that started in the field of knowledge production eventually led to a global ethno-racial hierarchy; and that nowadays this hierarchy is the cause of the main social and economic inequality problems that we face as society.

**Estudiante del sexto semestre de Ingeniería civil en la Universidad Iberoamericana León.*

Key words: *Eurocentrism, global stratification, inequality, decolonial thinking.*

El origen de la dominación epistemológica

Con frecuencia, el problema de la estratificación global se aborda desde una perspectiva económica, es decir, los países son clasificados de acuerdo con criterios relacionados con su flujo de capital y sus relaciones de trabajo. De este modo, un país es definido por la *vox populi* según si la calidad de vida de sus habitantes es de “primero”, de “segundo” o de “tercer” mundo.

Sin embargo, cuando se limita esta clasificación del panorama global a un plano exclusivamente económico, queda ignorado un tipo de sometimiento que los países considerados como “más desarrollados”, o *céntricos*, ejercen sobre los países “subdesarrollados”, o *periféricos*. Este tipo de sometimiento es epistemológico, y con él me refiero a que el conocimiento del ámbito académico, es decir, el que se publica en periódicos, revistas, libros, universidades u otras instituciones dedicadas a la difusión del saber, tiende a ser producido desde una perspectiva eurocéntrica. Entiéndase por eurocentrismo a “la tendencia de tomar las tradiciones y los valores europeos como patrones universales. Esta propensión lleva a considerar que la cultura, la organización social y el sistema político de Europa son superiores frente a los del resto del mundo (Pérez Porto, 2019)”.

De acuerdo con el sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel (2014), el inicio del eurocentrismo puede rastrearse hasta René Descartés y su modo de escribir desde “el ojo de Dios”. Cuando los filósofos y otros escritores de las ciencias occidentales contemporáneos a Descartes escribían sus textos, lo hacían desde una visión omnipresente, no situada, que se vendía como universal; de esta manera, el *hombre* occidental pudo “representar su conocimiento como el único capaz de lograr una conciencia universal y desechar el conocimiento no occidental tildándolo de particularista e inferior y, por ende, incapaz de alcanzar la universalidad” (Grosfoguel, 2014, p. 377). Es decir, cuando estos escritores occidentales mantenían su ubicación geográfica (Europa), su sexo (masculino) y su color de piel (blanco) desvinculado del conocimiento que producían, se generaba la ilusión de que sus ideas y pensamientos eran aplicables para todo el mundo, y no sólo para el contexto en el que se encontraban. Así, como señala Grosfoguel (2014), todo el conocimiento no occidental fue catalogado como inferior y, subsecuentemente, también fueron consideradas inferiores las personas que lo producían: una jerarquía de conocimientos condujo a una jerarquía de razas.

¿Es por esto por lo que en las escuelas estudiamos la filosofía de los griegos y romanos, pero no la de los mayas y los chinos? Cuando cursaba la preparatoria, el temario de mis materias de filosofía y ética hizo un recorrido histórico que inició con los presocráticos, continuó con los tres grandes filósofos griegos, la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración. En ningún

momento aprendimos algo sobre la filosofía de las culturas mesoamericanas o andinas, y mucho menos de los modos de pensar en Asia o África. ¿Y acaso en las clases de historia no se utiliza el terrible término de *descubrimiento* de América para aludir a lo que en realidad fue una invasión, una masacre y un saqueo?, como si al intercambiar un término por el otro se enalteciera la hazaña del que “descubrió”, a la vez que se menosprecia el sufrimiento del conquistado.

Este modo eurocéntrico de pensar y de transmitir el conocimiento condujo a una jerarquía racial de escala global, en la que los occidentales se localizan en el centro de la economía, y los no-occidentales en la periferia, en la que los *unos* son superiores a los *otros*, y las riquezas fluyen desde afuera hacia adentro. Como Walter Mignolo (2014) señala maravillosamente:

Nuestros sentidos han sido entrenados por la vida para percibir nuestra diferencia, para sentir que hemos sido hechos *anthropos*, que no formamos 32parte -o no por completo- de las esferas de quienes nos miran con sus ojos como *anthropos*, como ‘otros’. (p. 32)

El camino de la dominación epistemológica a la dominación económica

A finales del siglo XV, América es invadida y saqueada, y en este encuentro de dos continentes los filósofos de Europa occidental construyen, a partir de la idea de raza, una estructura biológica que distingue a la población humana entre inferiores y superiores (Quijano, 2000). De este modo, aludiendo a una “superioridad natural”, los invasores blancos legitimaron su causa de conquistar territorios que nunca les pertenecieron, y de dominar y de explotar a los nativos.

Los nativos nada pudieron hacer cuando los hombres blancos se colocaron a sí mismos en la punta de la pirámide de un sistema racial de castas. Una brutal imposición de costumbres, lengua y religión se realizó a través de la evangelización, porque ¿acaso no eran los *unos* superiores y universales, mientras que los *otros*, inferiores y particulares? La bula del Papa Pablo III a la pregunta de si los indios tenían alma, deja muy claro el modo de pensar de los evangelizadores: “son hombres, pero con un alma vacía, que debe llenarse por la civilización. Hombres huecos en el sonambulismo de la idolatría y la magia” (Canal22, 2017).

Observo a la evangelización como un proceso por el cual, actualmente, consciente o inconscientemente, decidimos si algo está bien o mal: la monogamia es correcta, la poligamia, no; el monoteísmo está bien, el politeísmo, no; ser heterosexual es correcto, ser homosexual,

no; ser blanco y ser hombre es mejor que ser mujer y ser negro. Grosfoguel (2014, p. 379) hace una interesantísima relación de catorce jerarquías que “un hombre europeo/capitalista/militar/cristiano/patriarcal/blanco/heterosexual llegó a América y estableció en el tiempo y el espacio”; de ellas pueden añadirse al listado de inicios del párrafo: 1) la preferencia por el conocimiento producido en lenguas europeas sobre el producido en lenguas no europeas, “subalternizando las últimas como productoras de folclore o cultura solamente, pero no de conocimiento ni teoría” (Grosfoguel, 2014, p. 380); 2) el concepto privilegiado de “naturaleza occidental”, donde los recursos naturales son un medio para un fin, y no como un ente sagrado por sí mismos, y 3) una jerarquía de edad donde se privilegia la edad adulta, tachando de improductivos y no valiosos a niños y ancianos.

El mito del poscolonialismo: la colonialidad

La última colonia del mundo en independizarse fue Hong-Kong (CrashCourse, 2017), que fue reconocida independiente de Reino Unido en 1997. Esto significa que al menos por veintitrés años todos los países del mundo son reconocidos como Estados-naciones autónomos, pero ¿lo son realmente? La corriente de pensamiento descolonial (o decolonial) sostiene que no es así.

El pensamiento decolonial argumenta que, a pesar de que la colonización ha concluido formalmente, la transición a un periodo de *colonialidad global* perpetúa las desigualdades y los modos de explotación de los países céntricos sobre los periféricos. Bien lo apunta Grosfoguel (2014: 386):

Durante los últimos cincuenta años, los Estados periféricos, que en la actualidad son formalmente independientes según los discursos liberales eurocéntricos dominantes (Wallerstein, 1991a, 1992b), construyeron ideologías de «identidad nacional», «desarrollo nacional» y «soberanía nacional» que crearon una ilusión de «independencia», «desarrollo» y «progreso». En estas épocas de «posindependencia», el eje «colonial» entre occidentales y no occidentales se inscribe no sólo en relaciones de explotación –entre el capital y el trabajo– y en relaciones de dominación –entre los Estados metropolitanos y periféricos–, sino también en la producción de las subjetividades y el conocimiento.

El sociólogo neoyorquino Immanuel Wallerstein propone que, en el escenario global actual, los países se agrupan en lo que él denominó “centrales”, “periféricos” y “semiperiféricos” (Grupo Akal, 2016). En el centro, se encuentran los Estados-nación que desarrollan productos de alta

gama gracias a su avanzada tecnología y que mantienen la mayor parte de la plusvalía; en la periferia, se localizan los países pobres, que se limitan a proporcionar materias primas y mano de obra barata; y en la semiperiferia, están aquellos que comparten características de ambas categorías. Paralelamente, las zonas céntricas de la economía mundial se superponen con las sociedades predominantemente blancas de culturas europeas y euroamericanas, mientras que la periferia global coincide con estados-nación no-occidentales que fueron previamente colonizados (Grosfoguel, 2014).

Con un rápido vistazo a mi clóset compruebo que algunas de mis prendas fueron elaboradas en Bangladesh, en Sri Lanka y en Indonesia, por empresas multinacionales que deciden fabricar en estos países debido al bajo costo de la mano de obra y de los recursos naturales. ¿Acaso con la compra de estos artículos sigo dificultando la autonomía de estos países, a la vez que fomento el uso irresponsable de sus recursos? ¿Cuándo, entonces, serán realmente independientes los países que desde hace décadas fueron reconocidos como autónomos?

Resulta irresponsable aceptar como respuesta que unos países son más “desarrollados” que otros debido a obstáculos relacionados con su condición geográfica y con su historia. La teoría de la modernidad argumenta, por ejemplo, que los países “subdesarrollados” se mantienen en ese estado de pobreza debido a que practican una cultura altamente conservadora que les impide aceptar los avances tecnológicos que beneficiarían su calidad de vida (CrashCourse, 2017). La realidad es muy diferente, la dinámica del sistema-mundo actual sólo acentúa las diferencias entre los *unos* y los *otros*, favoreciendo el enriquecimiento sin fin de los primeros y entorpeciendo el crecimiento y la autonomía de los segundos. Cuando se habla de que el *otro* es subdesarrollado y atrasado debido a una patología interna desvinculada de la dinámica del sistema-mundo actual, sólo se sigue justificando la “misión civilizadora” y, como resultado, se intensifica la dominación y la explotación (Grosfoguel, 2014, p. 394).

Entrecomillo los términos de *desarrollado* y *subdesarrollado* porque, como he venido exponiendo, han sido criterios eurocentristas los que definen qué es lo que hace a una persona, a un país o a un estilo de vida mejor que otro. No pongo en duda que hay barreras que deben vencerse en los países que han sido históricamente explotados y dominados, por ejemplo, la erradicación del hambre y el acceso a servicios de salud y de agua potable. Las comillas se refieren, más bien, a que un país no es menos desarrollado que otro por practicar una religión politeísta, por permitir matrimonios poligámicos o, puesto simple y banalmente, porque sus habitantes no aspiren a vivir en una ciudad agitada y ruidosa, a ser propietarios de tres autos, a vacacionar cada verano en un destino de lujo distinto, ni a

actualizar su teléfono celular cada año. Esta falsa idea de que la historia sigue una dirección lineal conduce a pensar que sólo hay un camino para el mundo no-occidental: ser como Europa occidental y Estados Unidos son hoy en día.

Descolonizar el poder

¿Qué hacer entonces para descolonizar el poder? ¿Cómo terminar ya con las relaciones de explotación y de dominación internacionales? De acuerdo con Grosfoguel (2014), un primer paso es reconocer que la descolonización es una tarea que requiere de esfuerzos tanto de explotados como de explotadores:

La planeación y el control «racionales» del Estado-nación contribuyen a la ilusión desarrollista de que es posible eliminar las desigualdades de un sistema mundial capitalista desde el plano del Estado-nación. Romper con el sistema-mundo desde el plano del Estado-nación o transformarlo está más allá de su rango de posibilidades (Wallerstein, 1992a, 1992b). Por esta razón, un problema global no puede tener una solución nacional (Grosfoguel, 2014, p. 391).

Hablando desde una perspectiva económica, pienso que el mayor obstáculo que enfrentamos para vivir en un mundo más justo e igualitario es el vicio de la avaricia y de la acumulación incesante de riquezas. ¿Por qué es tan difícil para las compañías multinacionales dar un salario justo a sus empleados más desfavorecidos? ¿No han alcanzado ya un punto en el que millones de más o millones de menos hacen una diferencia mínima en el estatus de su fortuna? Ese dinero que sólo se acumula cuando ya no se sabe qué más hacer con él haría una diferencia enorme en las vidas de todas las personas que son contratadas por el bajo precio de su mano de obra. Grosfoguel (2014) propone que una forma de descolonizar la economía-política es la *imposición* de impuestos al flujo global de capital para garantizar una redistribución de la riqueza del Norte al Sur. Pero, entonces, ¿las empresas multinacionales no buscarán reubicarse en países donde queden exentas de estos gravámenes? Seguramente sí, y por esto, este tipo de estrategias resultan inconcebibles desde lo individual; cualquier intento realizado sin el apoyo mutuo de todos los explotados está destinado al fracaso. Aunque esta imposición de gravámenes es una estrategia que coadyuvaría a la redistribución de riquezas, no puedo dejar de pensar que, frente a un Norte necio a compartir, la mejor alternativa es que la iniciativa de repartir las ganancias de manera justa venga de las mismas corporaciones transnacionales, porque está más que demostrado lo hábiles que podemos ser a la hora de evadir impuestos y de encontrar a quienes estén dispuestos a trabajar por míseros salarios.

Y, epistemológicamente, ¿qué hacemos? Walter Dignolo, semiólogo argentino y figura central del pensamiento decolonial latinoamericano, propone que primero reconozcamos que somos parte de -en sus propias palabras- la categoría de los *anthropos*: "lo que la mayoría de los debates contemporáneos sobre la alteridad se corresponde con la categoría de 'otro'" (Mignolo, 2014, p. 29). Y después de esta realización de que somos seres humanos situados históricamente como de "segunda clase", debemos darnos cuenta de que *ser el otro* no significa ser nombrado como una entidad existente, sino como una invención discursiva:

¿Quién inventó al 'otro' sino él 'mismo' en el proceso de construirse a sí mismo? [...] Hoy, la categoría de *anthropos* ('el otro') vulnera la vida de hombres y mujeres de color, gays y lesbianas, gentes y lenguas del mundo no-europeo y no-estadounidense desde China hasta Oriente Medio y desde Bolivia hasta Ghana (Mignolo, 2014: 29).

Cuando por fin somos conscientes de que la categoría en la que hemos sido situados es una invención de quienes se benefician de que nos mantengamos en esa segunda clase, hemos dado el primer paso de la liberación. No tengo mejores palabras que las de Mignolo para expresarlo: "tu inferioridad es una ficción creada para dominarte" (Mignolo, 2014, p. 30).

A pesar de que algunos de 'los otros' han ya puesto en marcha múltiples movimientos activistas, entre ellos el feminismo, el *Black Lives Matter*, y el orgullo LGBT, aún es necesario que los países periféricos, los países del Sur, se movilicen de la misma manera para reclamar su derecho a la alteridad, a la diferencia. Oponiendo resistencia para seguir el "camino del desarrollo" es que se puede escapar de la amenaza del "desarróllate o te mato", o del "democratízate o te mato" (Grosfoguel, 2014, p. 397). Desde lo individual, la tolerancia y la empatía son puntos clave para entender que el mundo no avanza en una única línea recta, y que los países periféricos tienen derecho a seguir su propia trayectoria por muy diferente que sea a lo que por costumbre se denomina correcto, o adecuado; en palabras de Grosfoguel:

[...] las mujeres occidentales no pueden imponer su noción de liberación a las mujeres islámicas; los hombres occidentales no pueden imponer su noción de democracia a los pueblos no occidentales. [...] Durante los últimos 510 años [...] ni respeto ni reconocimiento a las formas de democracia indígenas, africanas, islámicas u otras no europeas. La forma liberal de la democracia es la única aceptada y legitimada. (Grosfoguel, 2014, p. 397)

Quiero concluir este apartado con las que me parece que son las palabras más adecuadas para describir el fin último de la corriente descolonial, y que son el *motto* del Movimiento Zapatista de Liberación Nacional: *luchar por un mundo donde quepan muchos mundos*.

Reflexión final

Hay dos cambios que, desde mi opinión, tendrían un gran impacto en el camino hacia la descolonización del poder. El primero de ellos tiene lugar en las instituciones educativas, y consiste en dejar de enseñar la historia universal desde una perspectiva eurocéntrica. Opino que en las aulas se tiene que hablar más de las culturas africanas, islámicas, orientales, latinoamericanas, para dejar de lado la enseñanza exclusiva de esta línea de tiempo europea que comienza siempre con la Edad Antigua y sigue con la Edad Media, el Renacimiento, la Revolución industrial y la Ilustración... Entiendo que en cada una de estas etapas ocurrieron acontecimientos que influyeron enormemente el panorama mundial, pero ¿por qué limitar *la Historia universal a la Historia de Europa*? ¿Por qué seguir asumiendo que lo que ocurría en Medio Oriente y en el sur de África carece de importancia en la historia de la humanidad?

¿Que no es obvio que al dejar de lado las epistemologías del Sur en los programas de educación se empieza a sembrar la idea en los estudiantes de que unas culturas son más importantes y *mejores* que otras? Tampoco termino de entender por qué en las escuelas no aprendemos de la colonialidad y de cómo las relaciones de explotación y de dominación están todavía lejos de concluir.

El segundo cambio tiene que ver con las compras que, como consumidores, realizamos (y realizaremos) durante toda la vida. Si el consumidor manda, ¿por qué no exigir a las empresas multinacionales que declaren abiertamente las condiciones de trabajo que hay en sus fábricas localizadas en los países periféricos? ¿Por qué no hacen público el terrible daño al agua y al suelo que infligen en estos países? Tristemente pienso que, aunque esta información se conociera ampliamente, pocas serían las personas que dejarían de comprar a estas marcas. De aquí que vuelva a resaltar el valor de la empatía: es necesario ponernos en el lugar de los explotados para entender por qué esta clase de consumismo sólo prolonga el abuso de los países del Norte sobre los ya debilitados países del Sur. ¿No vale la pena pagar más dinero por un artículo a cambio de tener la certeza de que *todas* las personas involucradas en el proceso de su fabricación recibieron un salario justo por su trabajo?, ¿de que los recursos naturales de nuestro planeta están siendo protegidos adecuadamente?

Este tipo de propuestas se dicen más fácil de lo que se hacen, pero saber que hay maneras de alcanzar la alteridad es un paso importantísimo para desprenderse de esta categoría de inferioridad que durante siglos se ha colocado sobre los hombros del mundo no-occidental, sobre los hombros de *los otros*.

Referencias

Canal22. (2017, 11 de junio). *Boaventura de Souza Santos: saberes del Sur*. [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=VT1N774aTB4>

CrashCourse. (2017, 9 de octubre). *Theories of Global Stratification: Crash Course Sociology #28*. [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=b350ljkYWrU>

Grosfoguel, R. (2014). XII La descolonización de la economía política y los estudios poscoloniales: transmodernidad, pensamiento descolonial y colonialidad global. En de Sousa Santos & M. Meneses, *Epistemologías del Sur* (1st ed., pp. 373-405). Ediciones Akal, S.A.

Grupo Akal: No cierres los ojos. (2016, 3 de noviembre). *El sistema-mundo moderno. Immanuel Wallerstein*. Recuperado de <http://www.nocierreslosojos.com/sistema-mundo-wallerstein/>

Mignolo, W. (2000). *Local Histories/Global Designs: Essays on the Coloniality of Power, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press. [ed. cast.: Historias locales/diseños globales, Madrid, Akal, 2003. (2014). *Los desafíos decoloniales de nuestros días: pensar en colectivo* (M. E. Borsani & P. Quintero, Compilers; 1a ed.). EDUCO: Universidad Nacional del Comahue. https://www.academia.edu/12301267/Los_desafios_decoloniales_de_nuestros_dias_Maria_Eugenia_Borsani_y_Pablo_Quintero_editores?email_work_card=view-paper

Pérez Porto, J. (2019). Definición de eurocentrismo. Definición.DE. Recuperado de <https://definicion.de/eurocentrismo/>

Quijano, A. (2000). El fantasma del desarrollo en América Latina. *Revista Venezolana de Economía Y Ciencias Sociales*, 6(2), 73-90. Recuperado de http://www.ucv.ve/fileadmin/user_upload/faces/problemas_sociales_contemporaneos/CESOC/MAYO_AGOSTO_2_2000_ENFOQUES_TEORICOS_CONTEMPORANEOS_EN_LAS_CIENCIAS_SOCIALES.pdf

Wallerstein, I. (1991a). *Unthinking Social Science*. Cambridge: Polity Press.

(1992a). The Concept of National Development, 1917-1989: Elegy and Requiem. *American Behavioral Scientist*, 35 (4-5), 517-529.

(1992b). The Collapse of Liberalism>>, en R. Miliband y L. Panitch (orgs.). *The Socialist Register 1991*. Londres: The Merlin Press, 96-110.